

te sobre los dos hermanos; habían visto brillar siempre en sus dulces y serenas facciones la nobleza de corazón y la paz del alma, y presentían que eran inocentes, que eran víctimas de la cólera del rey y de las leyes de un bárbaro destino. Manifestaron por ellos los allí presentes tanto interés, que apenas sabía nadie separarse de aquel recinto, sólo abandonado cuando la religión recogió aquellos cuerpos desfigurados y los guardó bajo la losa del sepulcro.

El rey, sin embargo, permaneció impasible. Se le repitieron las palabras pronunciadas por los comendadores al pié del abismo; pero las oyó con sangre fría, y salió tranquilo al rayar la nueva aurora para ir á cercar con sus propias armas Alcaudete. ¿Podía, empero, dejar de recordar interiormente tan terrible aplazamiento? No logró llegar á Alcaudete, enfermó en el camino y tuvo que retirarse á la ciudad de Jaén, donde á los treinta días amaneció muerto (1).

(1) Casi todos los historiadores están acordes sobre este hecho; pero ninguno cita un solo documento en que directa ni indirectamente conste tan terrible violación de las más santas leyes. Descosos de aclarar la verdad, pasamos desde Jaén á Martos, lugar donde se da por acaecida la catástrofe: mas desgraciadamente nada pudimos adelantar á pesar de haber examinado con detención todos los archivos de esta villa, faltos generalmente de toda clase de datos históricos. El archivo municipal no contiene absolutamente nada; el parroquial no tiene tampoco escritura alguna en que se vea siquiera consagrado un recuerdo religioso á la muerte de los infortunados Carvajales. Creímos que tal vez en el de la Encomienda de Calatrava podríamos suplir este vacío; pero dispó también nuestras esperanzas su archivero D. Isidoro de Luque, que nos aseguró no haber encontrado relativo al suceso sino el deseo manifestado muchas veces del siglo XVI acá por los visitantes de la Orden de erigir un sepulcro para los dos comendadores. En la iglesia de Santa Marta hay una inscripción que habla del hecho; pero está escrita en el siglo XVI como se ve por su mismo contexto: «Año de 1310 por mandado de el rey D. Fernando IV de Castilla, el Emplazado, fueron despeñados de esta peña Pedro y Juan Alonso de Carvajal, hermanos comendadores de Calatrava, y los sepultaron en este entierro.—D. Luis de Godoy y el licenciado Quintanilla, caballeros del hábito, visitantes generales de este partido, mandaron renovarles esta memoria año de 1595 años.» Esta carencia absoluta de documentos ¿no puede cuando menos inducir á duda? El hecho es raro, extraordinario; y merece más corroboración que otros para que se le pueda dar entero crédito. Hay más: todos los autores dan por simplemente precipitados de la peña de Martos á los Carvajales; y ninguno de ellos se ha hecho cargo de que esta peña no es por ningún punto tan escarpada que pueda por la sola rapidez de su pendiente producir la rotación y muerte de ningún cuerpo humano. Estamos lejos de negar este suceso apoyado por el testi-

Así brilló en la tierra la inocencia de los dos comendadores, de cuyos recuerdos está lleno aún todo el país de Martos. Manifiestan en él hasta los niños el lugar donde fueron despeñados, el sitio donde cayeron y lloró el pueblo, el balcón desde el cual contempló Fernando IV tan sangrienta escena, el templo donde están guardadas las cenizas de esos dos hermanos. Sobre el lugar donde cayeron hay una cruz de piedra, que en memoria de las lágrimas derramadas por el pueblo, se llama aún hoy la Cruz del lloro: la peña, alta y escarpada, conserva todavía en la cumbre restos de los muros y torreones que va abriendo la yerba y desmoronando el hálito de los siglos, y hasta en esas ruinas llega uno á creer que ve marcadas las huellas de ese acontecimiento.

Murieron los Carvajales en 1310, y diez años después Martos era ya testigo y víctima de otra desventura. Cayó entonces esclava de Ismail la que una débil mujer había podido defender años antes contra las armas de El-Ahmar, el primero y el más poderoso de los reyes de Granada. Ismail, viendo en ella el azote de sus fronteras, había jurado sepultarla entre ruinas; y al ir á cercarla, no cesó de combatirla hasta ver allanados los muros y las torres, y muertos entre los escombros los mejores caballeros que la defendían. Se arrojó con ímpetu á las brechas, la invadió llenó de cólera, y pasó hasta mujeres y niños por el filo de la espada. Todo lo mató, todo lo destruyó, todo lo cubrió de humo y sangre. Si algo quiso perdonar, no lo quisieron perdonar sus soldados. Entró en lo más sagrado del hogar doméstico, y sacrificó á sus hijos en el regazo de sus madres, á los padres entre los brazos de sus hijos. No escaparon de su furor sino los que pudieron guarecerse en el castillo.

Mohamed-ben-Ismael, de mejor corazón, se esforzó en detener

monio de muchos escritores de criterio, aunque no por el de ningún autor contemporáneo de Fernando IV; pero hemos de confesar que no nos merece entera fe. Lo consignamos en el texto; pero como una tradición que está aún viva en el país, como una leyenda poética, no como un hecho rigurosamente histórico.



tan horrible matanza, pero casi siempre en vano, mientras no tiró del alfanje contra los mismos moros. Tuvo que pelear á brazo partido, tuvo que arriesgar su vida si quiso arrebatarse de las manos de la muerte á los que vió con horror amenazados con la espada. Pero logró al fin salvar á muchos inocentes, logró salvar á una joven infeliz que constituyó de pronto su ventura y fué más tarde su tormento.

Estaba dotada la cautiva de rara hermosura; y enamorado ciegamente Mohamed, no sólo quiso llevarla consigo, sino que también le ofreció su mano, su corazón y las ciudades y villas de su padre. Le pintó con vivos colores un porvenir lleno de gloria y de poesía, le abrió su pecho que sentía palpar por ella, y le reveló fuerzas hasta para conquistarle una corona. Fué correspondido, y no hallaba palabras con que encarecer su suerte. —Las huríes del Profeta, decía, no son tan bellas como mi cautiva, ni los jardines que les prestan sus sombras más hermosos que los valles de mi patria. ¡Bendito sea Alá que me permite así gozar en vida del cielo que prometió á los muertos! ¡Feliz, feliz la hora en que te ví, cautiva mía! Viviremos juntos bajo techos de oro, y todo estará á mi alrededor perfumado por el aliento de tu boca. Tus manos templarán el ardor de mi frente al volver de las batallas; tus dulces palabras adormecerán mis exaltadas pasiones. Respiraremos sólo amor y latirá acorde el corazón de entrambos. Un mismo sueño nos cerrará los ojos, y un mismo cuidado los abrirá á la luz de la mañana. Cautiva, cautiva mía, como yo te libré de la muerte, me librarás tú del tedio y la amargura.

Todo lo miraba ya risueño y encantador Mohamed; ¡ay! no eran sino sueños lo que veía. Ismail, su rey, que oyó celebrar la hermosura de la cautiva, la destinó para su serrallo; y fueron vanas las quejas de Mohamed, vanas las súplicas, vanas también las amenazas. —Abandona si te place mi corte, le dijo al fin Ismail, vé y ofrece tu espada á los rebeldes. Tu furor se estrellará al pié de mis armas, como el de cuantos resistan á mis le-

yes. Vé, joven imprudente, no temo tus impías amenazas. Arma tus deudos, arma todos los pueblos de tu padre, llama en tu auxilio á los infieles; el ruido de tus lanzas no llegará al Alhambra ni logrará turbar mi sueño.

Estremecióse de cólera Mohamed, pero debió humillarse por de pronto al rigor de su destino. Ya de noche, montó triste y silencioso en su caballo, abandonó Martos, á la que apenas podía no volver los ojos, y solo y sin más compañero que su dolor, tomó el camino de Granada agitado su corazón por los más contrarios sentimientos, y turbada su cabeza por los más sombríos proyectos de venganza. —No podré arrebatarse á mi adorada, iba diciendo para sí, pero le arrancaré el alma con mis manos. Tinieblas que me rodeáis, vosotras que mecéis y arrulláis en vuestro seno los más negros crímenes, ¿por qué no habéis de inspirarme á mí el más espantoso, el más sangriento? Ismail ha desgarrado mis más dulces esperanzas, ha hollado sin piedad mi corazón; ¿por qué no me lleváis en los pliegues invisibles de vuestro manto, y no me deslizáis junto á su lecho con el alma de un bandido? La sangre de un traidor no debe manchar mi espada; sólo el puñal puede herir sin desdorar el pecho de un infame.

Llegó á Granada al rayar el día; pero ¿qué podía hacer ya en Granada el herido Mohamed sino languidecer más y más de amor y sentirse morir de celos y melancolía? No hallaba palabras sino para referir su desventura; y sólo despertaba de su triste ensueño si alguno de sus deudos se ofrecía á favorecer sus espantosos proyectos. Pensaba día y noche en Ismail; y cuando le vió entrar en la ciudad aclamado con entusiasmo por la muchedumbre, pensó morir de cólera y despecho. —Vé, tirano, exclamaba, vé y goza de tu tesoro en las mansiones de la Alhambra; enséñale tus fuentes, tus jardines, tus salones de oro y de colores, tus techumbres brillantes como bóvedas del cielo. Sobre los pavimentos de tu mismo alcázar he de derramar tu sangre. Aguzad, aguzad las dagas, amigos todos que abo-



rrecéis el crimen, cubrid el pecho con jacerinas, y ocultad en lo más profundo de vuestras almas vuestro pensamiento de muerte. Va á sonar la hora de Ismail, y ha de pagar con la vida su infame alevosía.

Ciego ya de venganza Mohamed, subió por fin á la Alhambra seguido de un corto número de amigos. Nada pudo detenerle, abrióse paso hasta la Alberca afectando grande interés por hablar con el monarca, aguardó inmóvil bajo los arcos de la galería del norte, y apenas vió á Ismail, se arrojó sobre él como un tigre y le derribó en el suelo á puñaladas. Un wasir que acompañaba al rey pretendió defenderle; pero cayó también víctima de los parciales del ofendido.

Huyó Mohamed como perseguido por la sombra de su delito; no se sabe dónde pudo dirigir sus pasos ni dónde pudo ir á devorar sus pesares y sus remordimientos. La historia y la tradición están mudas á la vez no sólo sobre su destino, sino sobre la suerte que deparó Dios á la cautiva, origen de tantos males, y hasta sobre la que cupo á la misma villa de Martos, de la cual apenas se refieren ya otros sucesos que el de la prisión del maestre de Calatrava D. Martín López, tan sentida del entonces rey de Granada, que amenazó á D. Pedro de Castilla con ir sobre Martos y arrancar del alcázar al ilustre cautivo, si no se le devolvía su libertad injustamente arrebatada.

Volvió Martos, según lo más probable, al poder de los cristianos apenas la desocupó el ejército de Ismail: pero abatida, desmantelada y apartada cada día más de la frontera, no pudo ejercer ya en la reconquista la influencia que ejerció en mejores días. Quedó confundida entre las demás villas y ciudades de la comarca; y reducida á la oscuridad y al silencio, no tuvo pronto en su favor más que los recuerdos de sus antiguas glorias. Hoy no existen ya ni sus mejores monumentos; sus castillos están arruinados, sus templos descansan sobre frías columnas greco-romanas que reemplazaron sus esbeltas haces góticas: sus cárceles y sus fuentes no revelan sino el estilo del siglo XVI,

más lleno allí de gravedad que de elegancia. Sólo lo tortuoso y rápido de las calles refleja ya en Martos la Edad media. Es una villa moderna como casi todas las del reino de Granada, más moderna aún que la vecina ciudad de Jaén, que aunque también muy remozada, reúne mucho interés para el literato y el artista.

